

Artículo

Psicoterapia y Saber Humanístico: Tres Historias Clínicas

Alberto Morales

Universidad de Granada (España)

INFORMACIÓN

Recibido: 15/09/2025
Aceptado: 09/11/2025

Palabras clave:

Psicoterapia existencial
Filosofía
Música
Literatura
Carl G. Jung

RESUMEN

El incuestionable desarrollo de la psicología científica y su actual estrecha alianza con la neurociencia cognitiva han propiciado un abordaje del estudio y comprensión del ser humano hasta ahora desconocido. Empero, la extensión de este enfoque y su metodología asociada a la práctica clínica no están exentas de críticas, pues ese mismo ser humano así diseccionado queda en no pocas ocasiones privado de su dimensión existencial, aquella que da sentido a su vida y su *estar-en-el-mundo*. Lo descrito y vivido por autores provenientes del saber humanístico, la filosofía y el arte para ser más concisos, adquiere ahora una relevancia crucial en el ámbito del encuentro terapéutico. La obra de filósofos y literatos clásicos —entre otros, Eurípides, Friedrich Nietzsche, Virginia Woolf y María Zambrano— y otros renombrados escritores como el coetáneo Jesús Aguado, así como la música del bohemio Gustav Mahler, han servido de guía a la hora de encauzar una terapia que, en todos los casos, ha ido siempre más allá de la inmediatez del síntoma, lo que aquí se ejemplifica en tres historias clínicas de nuestro propio acervo en las que un cuestionamiento existencial está siempre presente e, incluso, la irrupción de una fuga psicótica.

Psychotherapy and Humanistic Knowledge: Three Clinical Cases

ABSTRACT

The undeniable development of the science of psychology and its current strong ties with cognitive neuroscience have enabled an approach to the study and understanding of the human beings that was previously out of reach. However, the expansion of this approach and its associated methodology into clinical practice has drawn criticism, as the very same human beings thus dissected are often deprived of their existential dimension—the one that gives meaning to their life and their *being-in-the-world*. What has been described and experienced by authors from the humanistic fields—more specifically, philosophy and the arts—is now of critical importance in the context of the therapeutic encounter. The works of classical literary figures—including Euripides, Friedrich Nietzsche, Virginia Woolf, and María Zambrano—as well as those of renowned contemporary writers such as Jesús Aguado, and even the music of the bohemian Gustav Mahler, have inspired a form of therapy that, in every case, has gone beyond the immediacy of the symptom. This is exemplified here through three clinical cases from our own archive in which existential questioning is always present, and even includes the presence of a psychotic episode.

Keywords:

Existential psychotherapy
Philosophy
Music
Literature
Carl G. Jung

Introducción

En su día, el reconocido historiador de la psicología Edwin G. Boring no titubeó al escribir que “Wundt es el psicólogo más importante de la historia de la psicología. Es el primero que sin reservas podemos llamar propiamente psicólogo. Antes de él se hizo mucha psicología, pero no había psicólogos” (Boring, 1978, p. 338). Atrevida, la afirmación de Boring data justo de la mitad del pasado siglo y, desde luego, ni fue ni es suscrita por otros muchos autores, entre quienes con modestia me encuentro. Ciertamente con Wundt inicia su andadura “oficial” la psicología experimental, y lo hace entonces adscrita, al menos en Alemania, a departamentos de filosofía; Wundt, incluso, funda una revista para dar cabida a su ingente producción experimental a la que, con todo, titula *Philosophische Studien*. Ante la pregunta de si Wundt fue a un tiempo psicólogo experimental y filósofo, Boring opta ahora por la cautela: “Nunca afirmó [Wundt] que el método experimental fuera adecuado para toda la psicología: los procesos mentales superiores, según él, debían ser estudiados a través de la historia de la naturaleza humana, como hizo en su libro [diez tomos, de hecho] *Völkerpsychologie*” (Boring, 1978, p. 349). Una de sus obras señeras de aquella época fundacional fue *Grünzüge der Physiologischen Psychologie*, clave en esta etapa de evolución del saber psicológico. Se recordará que el término “psicología fisiológica” le servía a Wundt para dos propósitos: en primer lugar, nombrar y conectar esa frontera entre la experiencia interna y la externa y, en segundo, reivindicar una metodología experimental —la única en garantizar la objetividad en el estudio de la experiencia— como la que se utilizaba en fisiología. Es decir, la adjetivación fisiológica no se refiere a un objeto de estudio, sino a la metodología experimental: fisiológico era, pues, sinónimo de experimental en esa época (Lafuente-Niño et al., 2017, pp. 117-118).

Transcurrido casi siglo y medio de la fundación de aquel famoso laboratorio en Leipzig, la reflexión filosófica parece haber sido erradicada *sine die* del currículum psicológico. Aunque las apariencias bien pudieran ser engañosas, pues si nos ceñimos al ámbito de la praxis clínica, dicha reflexión es inseparable de cualquier paradigma psicopatológico y modelo psicoterapéutico al uso; incluso bien conocidos planteamientos que en su momento abogaron por tesis psicológicas decididamente científicas, no dejaron de estar instalados en una particular filosofía de la ciencia, el positivismo, para ser más precisos, en la que los valores, convenientemente camuflados entre bambalinas, organizaban la agenda de la investigación y práctica clínicas. Y es que como acertadamente dio en su día a entender el celebrado psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers, “No hay manera de escapar a la filosofía. La cuestión es tan sólo si será consciente o no, si será buena o mala, confusa o clara. Quien rechaza la filosofía, profesa también una filosofía, pero sin ser consciente de ella” (Jaspers, 1978, p. 11).

El coetáneo de Wundt y conocedor de su obra Carl G. Jung militaría en las filas de aquellos autores discrepantes con esa pretendida erradicación de la filosofía, pues al elaborar su complejo sistema psicológico esta siempre tuvo carta de presentación. Este “amor a la sabiduría”, esta φιλοσοφία, está virtualmente presente en las miles de páginas que escribió a lo largo de su dilatada vida: libros, ensayos, seminarios, reseñas, prólogos... En su autobiografía, un anciano Jung muy próximo ya a su final alude al impacto que, en su juventud, tuvieron en él la

lectura del *Zaratustra* de Nietzsche y el *Fausto* de Goethe. Ambos autores transitan su obra y el primero de ellos lo hace de manera explícita en los dos gruesos volúmenes dedicados al análisis de *Así hablo Zaratustra*, seminario dirigido por Jung durante cinco años y que se viera interrumpido por el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Para Jung, el conocimiento filosófico es indispensable en el bagaje del psicólogo. Ya muy al comienzo de su carrera profesional, Jung pone por escrito en uno de sus ensayos esta visión no tan restrictiva de la psicología, del que quisiéramos extraer algunos párrafos:

Lo infinitamente variable y mudable de la vida mental individual le resulta a la psicología experimental extraordinariamente antipático [*sic*] y, por ello, sus datos y conocimientos son en lo esencial meros detalles a los que les son además ajenos contextos más vastos. Quien quiera conocer el alma humana, pues, llegará desgraciadamente a saber muy poco de ella por boca de la psicología experimental. [...] Porque entre lo que la ciencia llama “psicología” y lo que la práctica cotidiana espera de la “psicología”, se ha “abierto un hondo abismo”. (Jung, 2007, § 409).

Décadas, muchas décadas después, Noam Chomsky señaló en la misma dirección al afirmar que “Es bastante posible que aprendamos más sobre la vida y la personalidad humanas en las novelas que en la psicología científica” (citado en Lehrer, 2010, p. 220). Y en el primero de los capítulos de su libro *Psicología y Literatura*, el reconocido maestro generacional de psicoterapeutas Irvin Yalom escribe:

Las historias de la psicología a menudo empiezan con el advenimiento del método científico y los psicólogos experimentales pioneros, como Wundt y Pavlov. Yo siempre he considerado esto una visión histórica corta de miras: la disciplina de la psicología empezó mucho antes, en las obras de los grandes pensadores psicológicos que escribieron sobre las más íntimas motivaciones humanas: Sófocles, Esquilo, Eurípides, Epicuro, Lucrecio, Shakespeare, y especialmente (para mí) los grandes novelistas psicológicos Dostoievsky y Tolstoi, y posteriormente, Mann, Sartre y Camus (Yalom, 2000, p. 15).

Así pues, no es inusual que psicología, filosofía y literatura aúnen sus esfuerzos, intereses y perspectivas para dar forma y sentido a aquello que el análisis experimental disecciona con su escalpelo: el propio ser humano. Esta disección es inevitable desde esa particular perspectiva, además de inherente a sus presupuestos metodológicos, cuya validez y resultados son incuestionables como sabe todo profesional bien informado. Sin embargo, aunque quizás *quid pro quo*, asistimos a un incuestionable desplazamiento hacia posturas que dejan a un lado la ciencia y su fundamentación (filosófica) para abrazar el científicismo, que es bien distinto, pues, como señala el filósofo y profesor Luis Sáez Rueda:

Desde la Revolución Científica moderna, allá por el siglo XVII, viene extendiéndose la propensión a proyectar los criterios de validez propios de las ciencias naturales y exactas al ámbito de las ciencias humanas. Ya Descartes sentaba la validez de ese mito que tanto daño ha hecho al saber. [...] Este sueño de un saber unificado y hecho a medida del *espíritu de cálculo* —el científicismo— se prolongó a través de diversas erupciones hasta el presente, pasando por los intentos del *neopositivismo lógico* a

principios del pasado siglo y por otras estancias, como la psicología conductista y cognitiva que hoy prevalece en muchas universidades [...]. (Morales, 2023a, p. 12).

A juicio de no pocos, la irrupción de esta ola de cientificismo en el ámbito de la psicología en general y de la práctica clínica en particular, unido además a la adhesión acrítica al modelo biomédico, supone una merma no solo en nuestra comprensión del ser humano y sus anhelos de sentido existencial, sino incluso de la propia labor terapéutica, pues el antaño psicoterapeuta se ve transmutado en un técnico competente en modificar solo los aspectos más externos del psiquismo humano, haciendo a un lado o infravalorando el componente fenomenológico consustancial a la mente humana. Este sentir podría verse reflejado en la afirmación de que “los mayores problemas de la psicología y la psiquiatría son filosóficos más que científicos y empíricos” (Pérez-Álvarez, 2021, p. 21).

Una perspectiva fenomenológica, de alguna manera puesta en marcha por el citado Jaspers a partir de su obra *Psicopatología general*, publicada por primera vez en 1913, aún en su seno y hace compatibles no solo psicología y filosofía, sino también literatura, que ahora caminan juntas y guían la labor terapéutica en casos no exentos de complejidad. Algunos ejemplos de nuestro propio bagaje profesional podrían ser los de “Olivia” y “Eduardo O.”. En el primero de ellos, el trabajo con la obra de Virginia Woolf *La señora Dalloway* contribuyó a que Olivia ubicara su trastorno disociativo en un contexto para ella, hasta entonces, desconocido, y diera sentido a aquello que atormentaba su mente y que incluso la obligó a un internamiento psiquiátrico. Clarissa Dalloway, protagonista del relato de Woolf, describe con detalle ese fluctuante estado interno, ya oscuro, ya iluminado, que no siempre comprende pero que sabe ha de convivir con él: “Era una revelación súbita, un matiz como el rubor que se intentaba contener y al que después, al extenderse, se cedía, y llegaba hasta el último confín y allí se quedaba temblando [...]” (Woolf, 2014, pp. 47-48). Olivia, Clarissa de estos tiempos, lo relata de esta otra manera: “Pienso que dentro de mí no hay nada bueno, así que el camino que he tomado estos últimos años ha sido ser víctima. Mentira. Sí que veo lo bueno que hay en mí [...]” (Morales, 2021, p. 178). El segundo, por su parte, se caracterizaba, entre otras cosas, por la presencia de una escritura automática que recordaba, no muy de lejos, a la que el irlandés James Joyce despliega en su siempre controvertido *Ulises* —innecesario recordar al lector versado en esta obra—, cuyo capítulo final puede poner a prueba los nervios del más templado de los pilotos acrobáticos (Joyce, 2019, cap. 18). Eduardo O. no le va a la zaga al rebuscado Leopold Bloom de Joyce: “Alguien deseaba verme. Alguien quería mi regreso. Lo han forzado a nombrarme. Mi letargo fue merecido [...]” (Morales, 2021, pp. 103-107). El pensamiento de Nietzsche fue, por otro lado, de gran utilidad a la hora de perfilar ciertos matices del caso “Paul Atreides” y su universo de visiones, en una persona por lo demás conocedora de buena parte de la obra de este pensador alemán (Morales, 2023b).

Se hace muy necesario, por consiguiente, estar abierto y permeable a saberes procedentes de ámbitos muy diversos del conocimiento humano, no solo el estrictamente experimental sino de otros que, en ningún caso, pueden excluir a la filosofía y, desde luego, a su vertiente fenomenológica-existencial. El objetivo del presente estudio es, pues, reivindicar la utilidad de la filosofía y la literatura para la psicología en general y la psicología clínica

en particular, y hacerlo merced a la descripción y estudio de la casuística derivada de nuestra propia praxis.

Consideraciones Metodológicas

Como se ha señalado más arriba, el carácter práctico de este estudio centra su atención en diversas historias clínicas cuyo abordaje terapéutico ha seguido una línea de actuación de corte esencialmente existencialista y junguiano. Las principales estrategias terapéuticas empleadas podrían resumirse en los siguientes puntos:

- Imaginación activa. Técnica desarrollada por Jung, aparece recogida en la totalidad de su obra y, desde el punto de vista histórico, podría decirse que inicia su andadura a medida que este autor da forma a su enigmático y fascinante *Libro rojo*. Al recordar esos tiempos iniciales, escribe Jung en su autobiografía: “En la medida en que lograba traducir mis emociones en imágenes, es decir, hallar aquellas imágenes que se ocultaban tras las emociones, sentía tranquilidad interna” (Jung, 2012, p. 212). Entre las posibles fuentes bibliográficas relacionadas con la imaginación activa podrían citarse, por ejemplo, *Las relaciones entre el yo y lo inconsciente* (Jung, 2007) y *Las conferencias Tavistock. Sobre la teoría y la práctica de la psicología analítica* (Jung, 2009), entre otras. De manera más sistematizada, los pormenores del método de imaginación activa se recogen en el texto clásico de Hannah (1998), al que se remite al lector interesado en detalles.
- La reflexión que Jung realizara de algunos de estos resultados derivados de la imaginación activa, desde la perspectiva de la alquimia según su punto de vista (Jung, 2015a).
- Escritos literarios y filosóficos que serán detallados en cada uno de los casos a considerar, ya que la pauta a seguir la ha ido marcando el análisis y evolución del caso clínico en particular. Se incluye, además, la audición de una pieza musical del repertorio clásico.
- Dos pruebas proyectivas, el test de Rorschach acorde con la metodología comprehensiva desarrollada por Exner y su equipo (2003, 2005), y algunas de las imágenes incluidas en *Symbolon. El juego del recuerdo* (Orban et al., 2017).

Caso 1. Laumeria

A sus más de sesenta años, Laumeria carga a cuestas con su propia existencia, como puede y mortificada por incontables somatizaciones: vértigos incapacitantes, colon irritable, anomalías neurológicas difusas de diagnóstico incierto, dolor muscular, urticarias generalizadas... En su historia personal destaca, con mucho, la presencia de una madre vitalmente frustrada que toma revancha en sus hijos, sobre todo en ella que es la mayor: la niña crece en un ambiente de maltrato físico y emocional. Una infancia poco feliz en la que el padre vino a compensar la carencia materna: emocionada, lo recuerda Laumeria cantando ópera mientras se afeitaba y le dedicaba cariñosas palabras. Escapa como puede de aquel mundo perturbado y perturbador y se construye un rico templo interior, muy reflexivo pero “separado” de su corporalidad, sentida esta como algo ajeno e, incluso, disociado de ella misma, hecho al que contribuye la educación de corte nacionalcatólica

propia de su época, muy severa y restrictiva especialmente en todo lo que refiere a la sexualidad, vivida por la adolescente Laumeria desde lo traumático y la culpa.

Mujer culta, sensible y bien dotada para la escritura, se aviene sin fisuras a dar salida a su conflictividad interior. Juntos repasamos algunos textos del propio Jung relativos a la alquimia y su dimensión psicológica, con énfasis en lo que aquellos psicólogos medievales denominaban con la voz latina *nigredo*, esa negrura cuya consciencia precede a toda indagación en el interior del ser. Escribe Laumeria:

“Sueño que me sueño y apenas vislumbro nada. No me alcanzo. No me entiendo. Tan perdida me siento, que no sé quién soy en este instante. [...] En mi total oscuridad, una leve incandescencia puede mostrar una Verdad que te abrasa. [...] No puedo ver aquella luz que dice Ilumina una Vida. No siento la ilusión y la alegría que emanan de la realización de una misión, de un propósito vivido. [...] La Vida me transita y yo la extraño. [...] Y en ese instante en que por fin se hace la Luz..., quedamos deslumbrados y la Vida, en su Sabiduría, nos vuelve a dejar ciegos”.

El buen y acertado bagaje filosófico y literario de Laumeria nos permite ubicar lo expresado en el párrafo anterior —solo un ejemplo del tono emocional que impregna casi la totalidad de sus escritos— en un contexto más amplio, que dé cabida a las vivencias de su infancia. Y aquí, la *Carta al padre* del escritor, poeta y ensayista contemporáneo Jesús Aguado juega un importante papel como catalizador de ese proceso interior que Laumeria ha de traer al plano consciente. Acordamos la lectura de solo la primera parte del libro, que su autor denomina con el genérico “Padres”: páginas que en ocasiones incluyen un único párrafo, apenas unas líneas que dibujan ese padre, o bien esa madre, que la mirada del niño no alcanzaba a entender pero que dejó una marca indeleble en su alma aún balbuciente (Aguado, 2016). Muy prolija en sus escritos, decíamos, se seleccionan ahora algunos de ellos, claramente representativos de esas difíciles vivencias infantiles de Laumeria que poco a poco va revistiendo de sentido. Dedicamos a su madre estas palabras:

“Te fuiste secando en la triste sombra, la ilusión de ser tu sueño se marchitó. Te volviste agria para ti misma, ajena a tu esencia, tornaste tu dulzura en rabia, en llanto, en furia y fue amargo tu saber... [...] Madre, ¿desvelaste, acaso, tu odio que fue rabia, que fue tristeza, que fue cobardía, que fue desamor, que fue risa gritada y llanto cantado en susurros? Bordaste tu amargura puntada a puntada en el tul de tu ilusión”.

Y de nuevo se hace patente esa *nigredo* de los alquimistas:

“¿Quién soy? Sigo velada, oscurecida, atrapada en un No saber. La rueda de la fortuna juega conmigo su partida, me señala la Nada, el Vacío”.

En otro momento del encuentro terapéutico, Laumeria lee con detenimiento el primero de los capítulos de *Delirio y destino*, de la filósofa María Zambrano (Zambrano, 2011), de la que ya conoce algunos de sus escritos. Este capítulo lleva por título “Adsum”, voz latina que podría traducirse por “Estoy presente” o, de manera un tanto coloquial, por “Aquí estoy”. Su lectura la ha llevado a detenerse y reflexionar en torno a ciertos aspectos de su vida que, según ella me relata, ha visto reflejados en la propia Zambrano.

Para terminar, destacar por otro lado lo vivido y sentido por Laumeria tras escuchar con detenimiento el último de los movimientos,

Finale, de la controvertida décima sinfonía del compositor bohemio Gustav Mahler. Detiene su atención Laumeria en determinados pasajes del movimiento que llaman “a la puerta de su ser”: la tristeza que embriaga la partitura; el sordo sonido del tambor, profundo, repetitivo, como un corazón que late en medio de esa envolvente melancolía, órgano vivo; esa nota única que se mantiene en el aire, el propio hilo de la vida; la existencia de un lugar de “expansión” donde ubicar el ser. Tras una de las múltiples escuchas de esta pieza musical, toma papel y lápiz y da salida al siguiente texto, del que igualmente solo se reproducen algunos párrafos:

“Pareciera que al nacer se nos envolviera en velos de tinieblas opacas. [...] Es la infancia un desgarrar las nieblas y sombras que nos acunaron. [...] El sol nos contempla inane, las risas se desvanecen, las ahogan velas de plata. [...] Surge, de pronto, un sueño, instantes de magia... [...] ¡Silencio! La voz del silencio se expande, es el Amor que me llama... ¿A qué esperas? ¡Despierta! ¡Enciende tu corazón! ¡Abre tus ojos, extiende tus alas! ¡Contempla quién eres: las estrellas!”

La atenta y sentida audición de una música, la de Mahler, y en especial de sus dos últimas sinfonías, dejan en Laumeria una huella visible: la necesidad de ese silencio interior desde el que poder columbrar un nuevo horizonte al que dirigir sus pasos, guiada, parafraseando al propio Mahler, por “lo que me dice el Amor”.

Caso 2. Teodora

Detallada, la historia de Teodora se recoge en varios escritos previos del autor (Morales, 2023a, 2023b). A muy temprana edad, la protagonista fue víctima de maltrato por parte de quien entonces era la pareja de su madre, presentando con el paso del tiempo un cuadro de carácter disociativo, inestabilidad emocional y acusada introversión. Hipersensible, sus innegables dotes para la pintura y el dibujo han sido la pieza clave en su abordaje terapéutico, pues han hecho factible acceder a rincones de su psiquismo hasta entonces velados de forma consciente incluso para ella. En la actualidad, desempeña una profesión en la que esas dotes artísticas le son de incuestionable valor. Su mundo emocional y de relaciones está estabilizado y nuestros encuentros en consulta suelen tener periodicidad mensual.

En su particular “despertar”, también Teodora sale de la oscuridad de su medianoche y presta atención a lo que allí se despliega:

“Salí de las profundidades oceánicas en las que habitan las almas que solo yo conozco y comprendo. Caminé sin rumbo fijo con la certeza de que estaba siguiendo mi camino...y cuando abrí la puerta me encontré con un universo de caras familiares que me sonreían y me daban la bienvenida. Expresión en estado puro con trazas de licra —fur— y purpurina. Almas singulares interconectadas a través de micelio: Pura vida”.

Y esa vivencia la hace visible con esta ilustración salida de su creativa mano. El bosque despierta y la calidez del sol está aún por llegar, de ahí la fría tonalidad del azul. La tierra parece exhalar un aliento neblinoso. Y en medio, la silueta de una niña, desnuda pues acaba de nacer, que permanece estática ante la clara luz que despliega el horizonte. Símil incuestionable de lo inconsciente a decir de Jung, el bosque y sus habitantes, en especial los árboles, dirigen estos sus raíces hacia el centro de la tierra, en cuyos

minerales encuentran su alimento: “[...] el sí-mismo se arraiga en el cuerpo (= tierra), justamente en sus elementos químicos”, sentencia Jung (2015b, § 242) (Figura 1).

Figura 1

El Despertar de Teodora



En ese recorrido alquímico, Teodora transita entre luz y oscuridad, entre *nigredo* y *albedo*, lo que plasma en su diario y en otro de sus increíbles dibujos:

“Buceo en las profundidades de mi océano interno. Al principio el agua es clara y todavía puedo ver los rayos de un sol que cada vez se va quedando más lejos. Todo es de color turquesa y siento la emoción de quien comienza un nuevo camino. Siempre me gustaron los comienzos. Yo soy también ese sol que se va alejando a medida que me sumerjo. El color del agua se va apagando, pero el sol permanece, oculto, sigue ahí, lo sé... Oculto, ahora todo está al revés, pero el sol sigue ahí, presente, conectándome con la tierra (Figura 2).

Figura 2

Entre Nigredo y Albedo



Las imágenes se difuminan como en una pintura impresionista. Lo que hace un momento era obvio, de repente se vuelve cuestionable. Atravieso la ceguera para realmente —ver— lo que hay al otro lado. Yo soy yo, ¿y tú? Mi reflejo”.

[Se adentra ahora en una senda sin luz]

“La oscuridad me abraza aunque yo no la abraza a ella. Porque todavía estar aquí me provoca cierta reticencia. El agua es espesa y de color café. Reconozco unas formas que hace tiempo olvidé. [...] Sombras difusas se acercan. Me observan, como quien mira un extraño objeto por primera vez. ¿Por qué tengo la sensación de que yo aquí soy la ajena? Quizás debería venir más a menudo...”.

[Intrigada y audaz, Teodora observa esas sombras con detenimiento]

“Las sombras son almas que flotan sin piernas. Recuerdos que no quieren ser recordados. Personas que un día fueron parte de mí y ahora siento como cuerpos extraños. Anhelos de lo que pudo haber sido y no fue. La dificultad de cerrar. El afán de que el principio del fin se quede en el principio. Almas perdidas en su propio lamento. Espejos rotos que reflejan imágenes fragmentadas. Sangre de color rojo intenso, sangre, para sentir, para sentir algo o para sentir más de lo que puedo manejar y menos de lo que me abruma. El miedo a la locura”.

[Y cierra su visión en tono mayor]

“Y cuanto más me sumerjo en la —negrura—, más claro lo veo todo”.

Caso 3. Octavio

Superada la treintena, Octavio se aventura en el mundo de lo “psicodélico” sin guía adecuada y con un psiquismo poco estable en esa época de su vida. Hace un alto en su vida laboral y se adentra en ese otro plano de la realidad de manos del LSD, las anfetaminas y los hongos alucinógenos. El resultado de ello es la progresiva abstracción de “esta” realidad y el estallido de un brote de carácter psicótico, cuya consecuencia inmediata es la prescripción de fármacos antipsicóticos y quedar al abrigo de su familia, bien estructurada esta y de carácter acogedor y amoroso. Algunos meses después, ya muy recuperado y antes de retornar a su actividad laboral, comenzamos un abordaje terapéutico centrado aquí en dar un sentido a lo por él vivido en esa fase “de locura”, según su propia expresión, sin ocultar su miedo a revivir esa *nigredo* que tanto sufrimiento le infligió. De hecho, la realización de la prueba de Rorschach arroja un porcentaje significativamente elevado de respuestas *forma distorsionada* (X-% = 0.42), que Exner interpreta acorde con un fallo “en el componente principal de una prueba de realidad adecuada” (Exner, 2005, p. 256).

De su abultado expediente, dos aspectos podrían ejemplificar aquí la línea de actuación seguida en los dos casos previamente descritos. Al igual que Laumeria y Teodora, también Octavio posee una sólida formación humanística, lo que para él incluye su propio doctorado en matemáticas y estudios superiores aún por concluir de violonchelo. A raíz de lo por él escrito a modo de diario acerca de aquellos días de inmersión en su personal locura, compartimos la lectura de una de las tragedias de Eurípides, *Bacantes* (Eurípides, 2000), y de determinados capítulos de un libro que le es bien familiar: el *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche. Entremos en detalle.

En “De las tres transformaciones”, Nietzsche pone en boca de su profeta Zaratustra esta reflexión: “Tres transformaciones del espíritu os he mencionado: cómo el espíritu se convirtió en camello, y el camello en león, y el león, por fin, en niño” (Nietzsche, 2011, p. 68). Octavio quiere deshacerse de ese camello, ese animal de “carga”—la

pesadez del “yo debo”— que hay en él. Me remite un escrito, “Por qué no quiero ser un camello”, del que entresaco algunos párrafos significativos:

“¿De qué trata el camello y su significativa joroba en mí?, ¿la culpa?, ¿la carga?, ¿llevar una vida forzada o endeudada con lo que se supone que ha de hacerse?, ¿la moral?, ¿el deber? [...] ¡Yo no quiero ser un camello! No me gustan los moralistas, me escandalizan. Me repatean los que piensan que el trabajo dignifica, o que pretenden el ordenamiento forzado o artificioso del aspecto *silvano y vivaracho* de las cosas. Sigo diariamente tratando de escurrirme, en cuanto puedo, del deber. Y a veces es como si el deber y el querer se fundiesen indistintamente. Demasiadas cosas al mismo tiempo. He aquí mi patología particular. ¿Diagnóstico, doctor?: complejo de *puer aeternus*. [...]. Esto provoca igualmente que, en ocasiones, busque compulsivamente esos momentos placenteros, como si el tener que *cumplir con mis obligaciones* pervirtiera el hecho de que sean conquistas que fueron en otro tiempo deseadas y buscadas con esfuerzo. [...]. A ese complejo de *puer aeternus* al que hacía alusión

antes, bien le vendrían unas dosis de introspección y sosiego, de Divino Silencio”.

Ya al final de su extenso escrito, en el que se han entremezclado otras múltiples cuestiones, Octavio intenta acceder a un punto de equilibrio en el que el “camello”, aun continuando su lento caminar por las arenas del desierto, no pretenda monopolizar su existencia:

“Quizá no está en mi naturaleza ser un asceta. En todo caso, me gusta imaginarme más como un místico del amor, una especie de contemplativo sufi o cristiano enamorado de la vida y de sus sabrosos jugos. Alcanzar tales estados también conlleva un trabajo, una ascesis, un vaciamiento para reflejar lo divino que nos rodea y vislumbrar el que nos habita. Un trabajo interior. O tal vez quisiera ser como un chamán, como ese que soñé durante mis delirios”.

Esa “culpa” propia del camello como animal de carga, tan mortificante a veces para Octavio, se le hace visible en una de las cartas extraídas “por azar” del *Symbolon. El juego del recuerdo*, titulada precisamente “La culpa” (Orban et al., 2017, p. 114), cuya visión propicia esta reflexión:

La acción ocurre en el crepúsculo, ese momento limítrofe entre el día y la noche, o incluso entre el mundo de los vivos y de los muertos, o más certeramente en lo que respecta a la carta, en el momento en el que las criaturas fantásticas salen de su escondrijo ya alejados de la mirada *racional* y diurna” (Énfasis añadido; imagen reproducida con autorización) (Figura 3).

Y da cierre a su emotividad interior añadiendo unas palabras del santo Juan de Yepes y un conocido poema del místico sufi Ibn Arábí, que me transcribe literalmente. Concluye Octavio:

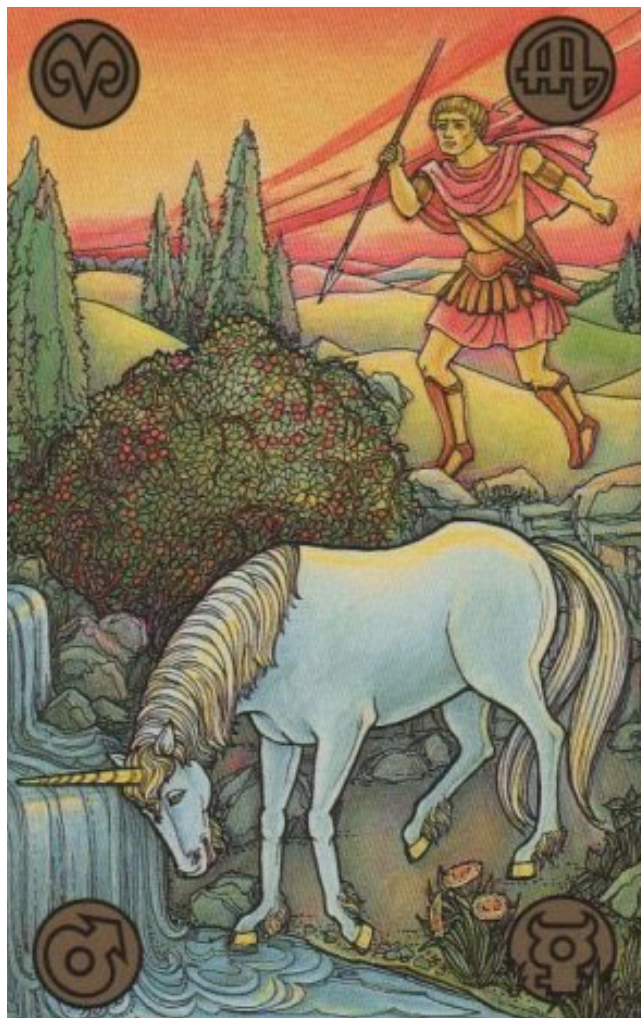
“*Nada, nada, nada*, predicaba san Juan de la Cruz en su *Subida al Monte Carmelo*. Nada salvo el inmenso cielo oscuro y siempre abierto, repleto de esos soles de la noche. Bellísimas blancas perladas y tintineantes. Todo ese espacio infinito acogiéndonos en su seno y mostrándonos el camino que recorrer. Escritura cósmica aleccionadora, aunque en silencio, dibujada desde arriba toda la eternidad”.

Tras lo vivido en su íntima *noche oscura*, Octavio retornó a su actividad como profesor de matemáticas y, para envidia mía, completó unos seminarios en matemática relativista. Y lo más importante, ha vuelto a encontrarse con el chelo...

Conclusión

“Filósofos, novelistas, poetas, han alumbrado algo de las razones del corazón, de las entrañas del alma”, escribe la filósofa María Zambrano en uno de sus siempre lúcidos ensayos (Zambrano, 2020, p. 53). Y ese discurso ha guiado el encuentro terapéutico con las personas cuyas historias se han desgranado aquí, aun de forma somera. Lejos de planteamientos que aspiran a protocolizar ese encuentro, siempre único y vivo, la perspectiva en la que filosofía, novela, poesía y música se enlazan en un “grácil y delicado bucle”, nos recuerda que cada paciente es un mundo por descubrir, una geografía en la que la razón ha abierto las puertas de un laberinto que, sin embargo, no permite transitar con sus silogismos, menos aún vislumbrar la salida, de ahí que para adentrarse en él, lo ya vivido y expresado por otros seres adquiera ahora una relevancia de primer orden: el laberinto solo puede ser andado si se atiende al clamor que, desde las “entrañas”, reclama ser escuchado, escucha para la que la

Figura 3
Imagen Seleccionada por Octavio Para Representar en él la Culpa



mente racional cuenta con recursos harto limitados, como de sobra sabía el trágico Eurípides, cuyas *Bacantes*, escrito hace ya varios milenios, tan relevante fue para que Octavio accediese a una clave explicativa de su doloroso delirio psicótico.

“Hay, sí, razones del corazón, hay un orden del corazón que la razón no conoce todavía” (Zambrano, 2020, p. 50). Esas razones, decíamos, Eurípides las plasmó en sus obras trágicas. Así lo hace también el compositor Gustav Mahler, cuyo tiempo final de su décima y última sinfonía recuerda a Laumeria que, tras la indescriptible tristeza de esas notas iniciales, acompasadas por el sordo sonido del tambor, sigue la ternura de una melodía que la flauta eleva a su expresión más dulce, que tras los sinsabores de su infancia —Mahler supo bien de su amargo regusto—, la luz puede abrirse camino y que no importa si, algunos compases después, una vez más el tambor haga valer su sonido: la vida, como la propia Laumeria recoge en sus extensos escritos, se aleja de la rectitud de la línea y opta siempre por un trazado serpentino en el que uno puede darse de bruces, una vez más, con experiencias vitales que creía olvidadas pero que ahora, en este nuevo tiempo, acoge desde un corazón transformado, que late, como esas notas del tambor. Vida que ha enseñado a Laumeria que “Se equivocaría peligrosamente este corazón si creyera, como en un sueño, dominar las tinieblas [...]” (Zambrano, 2018, p. 183).

Y continúa la pensadora malagueña:

“Y no podrá este corazón ascender hasta la superficie de estas aguas que parecen no tenerla, si no se ha encendido en él, por él, dentro y fuera de él a un mismo tiempo, una centella única, la que prende la luz indivisible que se hace en la oscuridad, haciendo de este corazón algo así como su lámpara” (Zambrano, 2018, p. 183).

Palabras que Teodora, artista, sabe transmutar en imágenes, difícil tarea que, sin embargo, ha hecho factible transitar su interioridad sin la asistencia del universo conceptual, hacia el que ella manifiesta tan poco apego. Imágenes suyas que, como la que recoge esa mujer de rojo sumergida en aguas poco profundas que destellos de luz alcanzan a alumbrar, nos traen a la memoria pasajes de la propia Virginia Woolf (1992, pp. 3-4) que ambos, Teodora y quien escribe, han compartido en su ya prolongada historia terapéutica.

El abordaje terapéutico aquí seguido no ha de contemplarse como excluyente de otras posibles, y muy al uso, estrategias diseñadas para mejorar la calidad de vida de la persona que asiste a consulta. Difiere, eso sí, en que ahora la dimensión existencial adquiere una mayor relevancia que aquella que ve en los síntomas su principal campo de labor. El síntoma es, quién lo duda, la primera queja que el paciente nos transmite, pero no es menos cierto que la adecuada transferencia —y “ecuación personal”, a decir de Jung; véase, p. e. Morales, 2020, pp. 411 ss.— que afloran a la superficie problemas que ya difícilmente puedan ser contemplados desde perspectivas periféricas, centradas en la sintomatología y proclives al enfoque de una *terapia breve* y protocolizada, hacia la que Yalom (1984) ha mostrado siempre y sin ambages sus reservas.

“Los hombres de hoy creen que los científicos están ahí para enseñarles, los poetas y los músicos para alegrarlos. *Que éstos tengan algo que enseñarles* es algo que no se les ocurre”, escribió el filósofo Ludwig Wittgenstein hace ahora más de ochenta años (Wittgenstein, 2017, p. 85). Las historias aquí narradas demuestran la falsedad de dicha creencia.

Agradecimientos

Gustavo Morales y Lauren Jeffery-Smith llevaron a cabo el vertido del Resumen a la lengua inglesa. A ambos, mi profunda gratitud. La generosidad de Laumeria, Teodora y Octavio, hicieron posible la escritura de este artículo. A todos, mi profunda gratitud.

Conflicto de Intereses

El autor declara no tener ningún conflicto de intereses.

Referencias

- Aguado, J. (2016). *Carta al padre*. Fundación José Manuel Lara.
- Boring, E. G. (1978). *Historia de la psicología experimental*. Trillas.
- Eurípides. (2000). *Tragedias (III)*. Gredos.
- Exner, J. E. Jr. (2003). *Manual de codificación del Rorschach. Para el sistema comprehensivo*. Psimática.
- Exner, J. E. Jr. (2005). *Principios de interpretación del Rorschach*. Psimática.
- Hannah, B. (1998). *Encuentros con el alma: Imaginación actica*. Fata Morgana.
- Jaspers, K. (1978). *La filosofía desde el punto de vista de la existencia*. Fondo de Cultura Económica.
- Joyce, J. (2019). *Ulises*. Lumen.
- Jung, C. G. (2007). *Dos escritos sobre psicología analítica*. OC 7. Trotta.
- Jung, C. G. (2009). *La vida simbólica*. OC 18/1. Trotta.
- Jung, C. G. (2012). *Recuerdos, sueños, pensamientos*. Seix Barral.
- Jung, C. G. (2015a). *Psicología y alquimia*. OC 12. Trotta.
- Jung, C. G. (2015b). *Estudios sobre representaciones alquímicas*. OC 13. Trotta.
- Lafuente-Niño, E., Loredó Narcandi, J. C., Castro Tejerina, J., y Pizarroso López, N. (2017). *Historia de la Psicología*. Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Lehrer, J. (2010). *Proust y la Neurociencia*. Paidós.
- Morales, A. (2020). *En el diván de Jung. Un encuentro terapéutico*. Manuscritos.
- Morales, A. (2021). *Cuando la realidad se desdibuja. Tres historias narradas junto a Jung*. Manuscritos.
- Morales, A. (2023a). Pérdida del sentido existencial: Un planteamiento desde el análisis junguiano. Descripción de un caso. *Revista de Psicoterapia*, 34(124), 71-82.
- Morales, A. (2023b). *A lomos de nuestro propio tigre. En la senda de Nietzsche y Jung*. Manuscritos.
- Nietzsche, F. (2011). *Así habló Zaratustra*. Alianza Editorial.
- Orban, P., Zinner, I., y Weller, T. (2017). *Symbolon. El juego del recuerdo*. CulBuku.
- Pérez-Álvarez, M. (2021). *Ciencia y pseudociencia en psicología y psiquiatría*. Alianza Editorial.
- Wittgenstein, L. (2017). *Aforismos. Cultura y valor*. Austral.
- Woolf, V. (1992). *The Waves*. Penguin Books.
- Woolf, V. (2014). *La señora Dalloway*. Lumen.
- Yalom, I. D. (1984). *Psicoterapia existencial*. Herder.
- Yalom, I. D. (2000). *Psicología y literatura*. Paidós.
- Zambrano, M. (2011). *Delirio y destino*. Horas y horas.
- Zambrano, M. (2018). *Claros del bosque*. Cátedra.
- Zambrano, M. (2020). *Hacia un saber sobre el alma*. Alianza Editorial.